

FERRAN IZQUIERDO BRICHS

Palestina, dos conflictos y una víctima

El análisis de la situación en Palestina nunca ha sido sencillo y, a medida que transcurre el tiempo, parece aumentar su complejidad. La falta de respuestas conduce a los analistas a interpretaciones fáciles como las referidas a odios étnicos, diferencias religiosas o al enquistamiento del conflicto en la historia, como si estas descripciones por sí solas justificaran los muertos, la destrucción y la violencia. Sin embargo, ningún actor político asesina, castiga a la población, ocupa un territorio o se rebela sin causas y objetivos concretos. El autor analiza en este artículo los actores implicados en la situación palestina-israelí y las relaciones de poder que se establecen entre ellos y que marcan la dinámica del conflicto dominante.

Ferran Izquierdo Brichs es profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Autónoma de Barcelona

La dificultad para comprender lo que ocurre en la región radica en que se intenta estudiar como un solo conflicto, cuando en realidad se trata de dos conflictos distintos: uno dominante y el otro supeditado a la evolución del primero. El conflicto dominante es el que se produce en el seno de la sociedad israelí por la acumulación de poder. El segundo es el conflicto de los palestinos con los israelíes por la recuperación de sus tierras y por la libertad, es decir, por el fin de la ocupación.

El análisis de las relaciones de poder en cualquier sociedad permite distinguir dos tipos de relaciones distintas. Por una parte, la que se establece entre las élites implicadas en una competición continua, ya sea económica, política o de otro tipo. En este caso, el objetivo prioritario de los actores será siempre la acumulación de más poder que los demás, porque su posición dependerá de la diferencia con la capacidad de acumular poder que tengan el resto de actores. Se trata de una relación circular, pues no tiene fin, y es básicamente conservadora ya que la función de los actores es acumular el máximo control sobre el máximo de recursos de poder como el capital, el Estado, la ideología, los medios de producción, la información, la coacción, etc.

Por otra parte, existen las relaciones de poder que se establecen entre actores con objetivos concretos, y que cuando los consiguen se retiran de la competición y la relación termina. Este es el tipo de relación que establece la mayoría de la población a lo largo de su vida con objetivos muy concretos —una huelga por una mejora salarial o las protestas para salir de una guerra—, o de un gran impacto a largo plazo —la exigencia de libertades, derechos, democratización, mejor calidad de vida, participación en las decisiones sobre la producción, etc.—. Esta clase de relaciones de poder lineales, con un principio y un fin marcado por objetivos concretos, son las que pueden conducir a las transformaciones de la sociedad. Y cuando es la población la que establece este tipo de relación se trata de momentos democráticos en los que las personas se convierten en ciudadanos activos, en sujetos y no objetos en manos de las elites y su competición por el poder.

En Israel, los principales recursos en términos de poder/capital no se deben buscar en los Territorios Ocupados palestinos, sino en el propio Israel y en el sistema internacional globalizado. Por esta razón, la principal competición se produce entre actores israelíes en el seno de la sociedad israelí para controlar los recursos interiores y exteriores que les permitan acumular poder. Para los israelíes, el conflicto con los palestinos sólo es un escenario más en el que se desarrolla esta competición circular puramente israelí. El conflicto de los israelíes con los palestinos ya terminó hace mucho tiempo. Desde la creación del Estado de Israel, las elites dejaron de necesitar lo que podían ofrecer los palestinos o Gaza, Cisjordania y Jerusalén Este como recursos en términos de poder. Los recursos de poder/capital no se encuentran en la miseria de la Franja de Gaza, ni en la pobreza de Cisjordania o de los barrios de Jerusalén, sino que se hallan en el propio Israel y en los países desarrollados, sobre todo en el cercano EEUU.

Para las elites israelíes los territorios palestinos no tienen ningún valor. No obstante, lo que sí es valioso en la competición por el poder es el conflicto que hace posible la militarización de la sociedad israelí y de Oriente Medio; y el control del Estado, la economía y la sociedad por las elites ligadas al complejo militar-industrial. Ésta es una dinámica israelí, dominada por israelíes, en la que la ocupación y la colonización de los territorios árabes no son más que un instrumento que se utiliza según el poder y los intereses de los actores implicados en la competición. Los palestinos son objetos, no sujetos, en este conflicto; y el pueblo israelí también.

Cuando en una relación de poder de este tipo la población se convierte en recurso, siempre es víctima. Por esta razón, es importante acostumbrarse a hablar de las víctimas de la ocupación, refiriéndose tanto a todos los palestinos como a la mayoría de la población israelí. Los muertos palestinos, desde los dirigentes de los grupos políticos a los niños que mueren asesinados por una bala perdida, son víctimas de la ocupación y de la competición por el poder entre las elites israelíes. Pero también lo son los israelíes, tanto los soldados de un *check point* en la Franja de Gaza como los niños asesinados por una bomba dentro de un autobús. Unos y otros son instrumentos en manos de aquellos que buscan aumentar su poder y tienen capacidad para controlar las decisiones: los actores israelíes que detentan el poder. Sólo así se pueden comprender medidas como el asesinato de los dirigentes de Hamás, Yassin y Rentissi, a sabiendas de que sólo provocarían más

terrorismo, más resistencia y más dificultades para avanzar hacia la paz. La única lógica que hay detrás de estas decisiones es que los actores que las toman salen beneficiados con sus consecuencias, que ganan con el conflicto. Y lo que ganan es capacidad para acumular poder.

En el caso palestino, el conflicto dominante todavía es por el fin de la ocupación, un objetivo concreto por el cual establecen una relación lineal con los israelíes que finalizará con el fin de la presencia militar israelí y de la colonización judía de los territorios palestinos. También existe una competición por la acumulación de poder entre los actores palestinos, pero está supeditada al conflicto con los israelíes y tiene muy poca influencia sobre la situación en Palestina. Esta competición circular por el poder en el seno de la sociedad palestina ganará fuerza una vez finalice el conflicto, por la sencilla razón de que los recursos de poder conseguidos con la creación del Estado palestino incentivarán la disputa y porque la mayoría de la población se retirará de la competición al haber conseguido su objetivo: la libertad, el fin de la colonización y la retirada del ejército israelí.

Protagonismo, unidad y debilidad de los palestinos

En muchas ocasiones, los medios de comunicación presentan a la sociedad palestina como un foco de tensiones y divisiones. Incluso, en ocasiones, se mencionan posibles enfrentamientos armados entre facciones palestinas o “guerra civil”. En el seno de la sociedad palestina existe un debate entre diferentes tendencias políticas y los distintos actores que se disputan la dirección de la población y de la resistencia contra la ocupación israelí.¹ Sin embargo, a pesar de los debates internos y de la competencia entre las élites, la sociedad palestina se mantiene unida en la lucha contra la ocupación y en el rechazo al colonialismo israelí.

La unidad de los palestinos resulta destacable en comparación con otras poblaciones que se han enfrentado a una lucha anticolonial o a una dictadura. Al comparar las posiciones ideológicas de los distintos sectores palestinos se comprueba la colaboración entre grupos, desde el máximo conservadurismo ligado al islam político hasta la izquierda laica y revolucionaria.

Seguramente, el principal éxito de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) fue impedir que algunas elites palestinas pudieran continuar acumulando poder gracias a la ocupación israelí, como habían estado haciendo determinadas elites rurales y dirigentes de los Hermanos Musulmanes durante los años setenta y principios de los años ochenta. La OLP consiguió que ningún palestino se pudiera beneficiar de la ocupación, con lo que forzó la unidad en el objetivo de la liberación. Éste no es un éxito de las cúpulas dirigentes de la OLP, sino que es mérito de su estructura plural, de la participación en su seno de multitud de organizaciones, asociaciones, sindicatos y grupos. Es una victoria de la sociedad civil organizada y coordinada en la OLP; de la misma sociedad que se manifestó en 1987 imponiendo el modelo de lucha popular y pacífica de la primera Intifada.

*La OLP
consiguió que
ningún
palestino se
pudiera
beneficiar de
la ocupación,
con lo que
forzó la
unidad en el
objetivo de la
liberación*

¹ Ver en este mismo número de *Papeles de Cuestiones Internacionales*, Nassar Ibrahim, “¿Qué le ha pasado a la izquierda palestina?”, pp. 89-92.

Esta unidad se debe buscar en dos tipos de factores. El primero es que la población palestina se ha convertido en un actor con objetivos propios: la libertad y la recuperación de la tierra. Cuando cualquier población tiene la capacidad para establecer una relación de poder y actuar como sujeto y no como objeto, a las elites les es mucho más difícil imponer sus rencillas por la acumulación de poder. Así, la población palestina lucha no sólo por la expulsión del ejército y de los colonos israelíes, sino también por hacer oír su voz en uno de los pocos momentos realmente democráticos en los que la mayoría de la población se convierte en protagonista. La primera Intifada fue el principal exponente de uno de esos momentos democráticos y las elites tuvieron que adaptarse a las decisiones que tomaba la población. En esta situación, las elites se ven amenazadas e intentan impedir que la población adquiera voz propia. Así, Yaser Arafat y la cúpula de Fatah desactivaron la primera Intifada e impusieron el débil gobierno de la Autoridad Nacional Palestina. Por el mismo motivo, los dirigentes de los principales grupos políticos no han querido repetir la experiencia de la primera Intifada y en la segunda han impuesto la lucha armada y terrorista, que convierte a la población en rehén no en actor de la lucha contra la ocupación.

El segundo tipo de factores que influyen en la unidad son los propios de la lucha de las elites por la acumulación de poder. En la sociedad palestina del momento, las elites lo tienen difícil para conseguir controlar recursos de poder, no por la competencia entre ellas sino porque estos apenas existen. En la actual situación de ocupación no hay capacidad para acumular capital, ni Estado que controlar. La coacción está limitada por la indefensión ante el ejército israelí, y la utilización de la ideología también se debe someter al objetivo prioritario y común impuesto por la población que es terminar con la ocupación y la libertad. Esto no significa que no exista una competencia por el poder, pero la principal finalidad de las elites palestinas es adquirir o aumentar los recursos de poder por los cuales competir. Además, esta competición debe seguir el paso impuesto por la población, pues si una elite abandona la lucha contra la ocupación israelí se ve marginada y pierde toda opción a continuar acumulando poder. Por tanto, la unidad en las elites es una consecuencia de la debilidad palestina. Una vez se consiga terminar con la ocupación israelí, se construya un Estado y se normalice la vida económica, entonces la competición por el aumento de poder se expresará libremente al igual que en todas las sociedades.

La posición de los palestinos, desde la extrema debilidad, es difícil e impotente. Los palestinos se han visto obligados a modificar sus objetivos a medida que crecía su debilidad respecto a los israelíes, y han ido quedando marginados de la dinámica del conflicto por la poca influencia que pueden ejercer sobre él. De la meta inicial —la permanencia en su tierra y la independencia política en un Estado no confesional y no étnico—, han pasado a aceptar un futuro reducido a un Estado étnico palestino en el 20% del territorio en el que vivían. La gravedad de estas renunciadas se expresa en los millones de refugiados que perderán su derecho al retorno a sus casas y sus tierras. Incluso, en el momento de la firma del acuerdo de paz, se planteará la exigencia de que estos refugiados reconozcan explícitamente el derecho de conquista de los israelíes que les expulsaron.

Los palestinos no pueden negociar desde la impotencia pues no tienen ninguna baza que puedan enfrentar al poder de los israelíes. Lo único que les queda, y que aplican, es el rechazo a las imposiciones procedentes de Israel o EEUU. Sin embargo, hace mucho tiempo se habla de proceso de paz en Palestina y de negociaciones de paz en el marco de este proceso. ¿Si los palestinos no tienen capacidad para negociar, quién se sienta en la mesa para dibujar el futuro de Palestina e Israel? La negociación y el conflicto se producen entre aquellos que tienen el poder: las elites israelíes.

La lucha por la acumulación de poder en Israel y el conflicto en Palestina

La sociedad israelí está dividida por importantes diferencias en la forma de percibir los cambios en el sistema internacional. En su seno existen discrepancias respecto a los intereses y esperanzas de futuro que se expresan en fracturas de clase y en contradicciones en el interior de las mismas. Las tensiones, las necesidades económicas de las distintas capas sociales y la lucha por el poder entre las elites, se trasladan de una forma directa al debate ideológico nacionalista. La ocupación de los territorios palestinos se convierte en un arma que unos utilizan para defender sus intereses y que otros quieren envainar porque les perjudica.

Existe un gran grupo que reúne a los profesionales y miembros de la burguesía media y alta ligados a la economía civil. Al igual que en el resto de economías desarrolladas, estos sectores defienden la liberalización, la reducción del Estado y la inclusión en los circuitos globales tanto de las finanzas como de la producción. Son los herederos de los padres de la patria israelí, los pioneros y descendientes de los pioneros que dirigieron la creación de Israel desde sus inicios. Son los hombres que construyeron las instituciones del sionismo y el Estado centralizado e interventor en todos los ámbitos de la vida de la comunidad judía de Palestina primero, y de Israel a partir de 1948.

Estos sectores crearon y controlaron los principales mecanismos de acumulación de poder. De forma muy parecida a las elites de Europa occidental, primero utilizaron el Estado interventor y keynesiano para concentrar capital, poder y recursos extraídos de la población. Y una vez reunido el poder/capital, optaron por la privatización para impedir la competición por el control de estos recursos. La privatización es una forma de limitar el acceso a estos recursos (empresas, servicios, educación, información, etc.) a los actores que sólo podrían aspirar a ellos a través del control del Estado.

Por otra parte, estos mismos sectores vieron como el proceso de globalización abría espacios de competición a nivel mundial a los que no podían renunciar pues ello significaría quedar apartados del acceso a importantes recursos de capital/poder. Se trata pues de elites que han evolucionado del keynesianismo y del Estado interventor de la época colonial y de los años fundacionales de Israel, al neoliberalismo de los años ochenta y noventa.

Para poder llevar a cabo el proceso de acumulación de poder es necesario impulsar la reducción del Estado, disminuir las subvenciones y abrir la economía al

En la sociedad israelí existen sectores que necesitan las instituciones del Estado y el sionismo para acumular poder/capital

exterior. Todos estos requisitos implican terminar con el conflicto en Palestina. Un Estado militarizado y en guerra es necesariamente un Estado deficitario, interventor y proteccionista. Por otra parte, el conflicto está marginando al capital israelí de los circuitos financieros globales y de la inversión exterior. La colonización también necesita subvenciones y proteccionismo y provoca el conflicto con los palestinos, lo que desestabiliza la región y ahuyenta el capital.

Estos sectores son los que defienden los Acuerdos de Ginebra pues necesitan acabar con el conflicto. Esto no significa que pongan en duda la ideología sionista ni que reconozcan los derechos de los palestinos, tan solo dudan de que el colonialismo y la ocupación de los territorios conquistados en junio de 1967 sean útiles en el contexto actual de globalización del capital, del poder y de las relaciones de producción.

Sin embargo, en el seno de estas mismas elites, en ocasiones confundiendo con ellas, conviven otros sectores que todavía necesitan las instituciones del Estado y del sionismo para acumular poder/capital. El principal es el sector militar-industrial, cuyos grupos ligados a él se benefician directamente del conflicto, de la ocupación militar de los territorios árabes y de la colonización, ya que sin la permanencia del conflicto la sociedad israelí no permitiría el expolio de sus recursos por parte del Estado para que terminaran en manos de estas elites. Esos recursos expoliados no consisten sólo en capital a través de los impuestos, en la deuda y en la ayuda estadounidense que se destina al ejército y a la industria de armamento, sino también en tiempo con el largo servicio militar obligatorio, en poder con la sumisión al ejército y con la cesión de poder a los militares, e incluso en las vidas de los soldados y de los civiles que mueren a causa de la ocupación y la colonización.

Sin el conflicto, una sociedad como la israelí que viera cómo el poder político está permanentemente en manos de militares, temería haber caído bajo un golpe de Estado. En el caso de Israel, se trata de militares de alta graduación que han utilizado el ejército para acumular poder y que después han ampliado sus recursos en la competición por el poder a través del control de los partidos, sobre todo el Laborista, y del Estado.

El sector militar-industrial, que mantiene lazos muy estrechos con el estadounidense, se ha convertido en un importante obstáculo para la paz. La paz causaría una gran disminución en los presupuestos de defensa y apartaría a los militares del poder del Estado pues la amenaza a la democracia se haría evidente.

En este contexto de competencia entre elites, también hay que tener en cuenta que hay algunos grupos que todavía necesitan al Estado para acumular poder. Son los llegados después de la creación de Israel, sobre todo los sefardíes que inmigraron durante los años cincuenta y los rusos que entraron en los años noventa. Unos y otros vieron como las elites pioneras controlaban los principales recursos: las instituciones, el Estado, el capital, etc. Para unos y otros, la única forma de participar en la competición por la acumulación de poder era a través del número, de su capacidad para ganar escaños en el Parlamento y forzar pactos en los gobiernos, es decir, a través del control de ámbitos cada vez mayores del Estado. Y si la acumulación de poder depende del control del Estado, entonces un interés esencial será mantener un Estado fuerte e interventor. Por otra parte, si el

acceso al Estado depende del voto de los sectores más desfavorecidos, entonces este Estado también debe ser proteccionista. Por ejemplo, para un obrero no cualificado, el proceso de globalización es una amenaza pues puede perder su lugar de trabajo en un proceso de deslocalización. Este obrero verá el conflicto como una protección, pues las empresas y la burguesía civil ya están preparando la deslocalización para cuando llegue la paz. Desde el inicio del llamado proceso de paz se están diseñando zonas de industrialización en los territorios palestinos, en Jordania, en Egipto y en Líbano, que serán verdaderas *maquilas* en Oriente Medio. Estos proyectos, que se presentan como cooperación para la paz y para un futuro mejor, en realidad sólo son cooperación entre el capital israelí y el capital árabe para competir mejor por la acumulación de poder y la explotación de la mano de obra árabe. Pero, al mismo tiempo, los sectores populares israelíes que sienten que el conflicto los protege, también ven cómo éste desvía muchos recursos del Estado a subvenciones a los colonos recién llegados, al ejército, a las industrias de armamento y al esfuerzo por mantener la ocupación, por lo que también sufren de forma directa las pérdidas a causa del conflicto.

Estas tensiones y posiciones encontradas y contradictorias generan políticas también encontradas y contradictorias. Ejemplo de ello es el Partido Laborista, que defiende políticas distintas en función de los sectores que tienen más fuerza en su interior. Así, en el mismo partido cohabitan los dirigentes que participaron en las negociaciones de Taba y de los Acuerdos de Ginebra, y los que idearon el muro de separación y la política de *apartheid*. Formaron parte del gobierno de Sharon y en la actualidad parecen dispuestos a un nuevo pacto con él.

En el Likud y otros partidos de la derecha, a estas tensiones se les añade el uso de la ideología nacionalista y colonial para ganar votos, con lo que el conflicto no sólo es necesario sino imprescindible para participar en la competición por la acumulación de poder. Las propuestas del Gobierno de Sharon se deben analizar desde este punto de vista. Los dirigentes del Likud nunca han pensado en terminar con el conflicto. Las propuestas de retirada de la franja de Gaza² y de algunos asentamientos de Cisjordania, y de anexión de grandes espacios de Cisjordania y de Jerusalén Este, se deben interpretar como un intento de presentarse como una opción moderada a sabiendas de que esto nunca será aceptado como una solución por los palestinos y que, por tanto, el conflicto permanecerá.

² La salida de la Franja de Gaza ya estaba implícita en el principio negociador de Oslo en 1993. *Gaza y Jericó primero* respondía a la antigua aspiración laborista de deshacerse del gran problema en que se había convertido la franja de Gaza. El pequeño enclave palestino en la costa mediterránea, superpoblado, mísero, rebelde y cuna de la Intifada y de Hamas, era un incordio para Tel Aviv, que todavía agravaba la situación con su política represiva, tanto del Likud como de los laboristas. Como reconoció el propio Simón Peres: "(...) the 'Gaza first' concept (...) was most definitely in the interest of Israel: an overwhelming majority of Israelis wanted to get out of the teeming, terror-ridden Gaza Strip" (Peres (1995: 385) *Battling for Peace - Memoirs*. Londres: Weindelfeld & Nicolson). Para entender la situación de Gaza sirve un comentario que circuló cuando surgió la propuesta de *Gaza primero*. A la oferta israelí de Gaza como un inicio, los palestinos respondían: "Muy bien, pero ¿qué nos darán a cambio?".

Por último, existe otro sector muy minoritario que reúne a aquellos israelíes que no creen que un Estado étnico y colonial tenga sentido. Estos sectores defienden un futuro de ciudadanos, de convivencia de todas las personas en un Estado moderno en el cual no se hagan distinciones ni de etnia ni de religión. Esta fue la opción defendida durante mucho tiempo por los palestinos y que el sionismo nunca aceptó —pues significaba el fin del proyecto de Israel— un Estado judío y para el pueblo judío. Paradójicamente, lo que cualquier sociedad entiende que es el mínimo de partida para construir un futuro democrático —una sociedad de ciudadanos con los mismos derechos y deberes—, se acepta que en Israel no sólo no es posible sino que tampoco es exigible. Los sectores anticoloniales y por la convivencia ciudadana en un solo Estado son una ínfima minoría en Israel, excepto en la población palestina israelí que defiende este futuro como el único aceptable y democrático para ellos.

Desde esta perspectiva, se entiende que la paz en Palestina depende muy poco de los palestinos porque son los actores más débiles y con menos influencia sobre el conflicto. La paz depende, sobre todo, de que los sectores que necesitan terminar con el conflicto para poder acumular poder y capital en la sociedad israelí consigan el poder suficiente en la negociación que se está produciendo en Israel para imponer la solución definitiva al conflicto. La paz también podría proceder de la población israelí si ésta se comportara como sujeto activo y no como un recurso más en manos de las elites. La población está secuestrada en la competición por el poder de las elites y paga un precio por ello. Si en algún momento adquiere conciencia de esta situación quizá logre hacer oír su voz de una forma activamente democrática, conduciendo a la sociedad israelí hacia la paz y la convivencia con los palestinos. Sin embargo, por ahora esto parece más cerca de la utopía que de la realidad.

Si se llega a producir alguno de estos cambios en la política israelí, y los que necesitan la paz consiguen imponer su posición en el conflicto israelí, entonces los palestinos deberán participar en el proceso final de la negociación para definir un estatuto que puedan aceptar. Esta solución será inevitablemente injusta para ellos pues no admitirá el derecho al retorno. Sin embargo, conducirá a la paz si es aceptada, aunque sea desde el pragmatismo y la debilidad, y como el mal necesario para cerrar el conflicto y poder iniciar su propio proyecto político. Mientras esto no ocurra, la población, tanto palestina como israelí, continuará siendo víctima del conflicto por el poder en Israel, y los palestinos deberán continuar batallando en su lucha democrática por la libertad y el fin de la ocupación.